damas, entre las cuales no faltó la linda Aldabella, que en el mundo no tenía par, assí como el arçobispo don Turpín escrive. El emperador con todos los doze pares cavalgó a cavallo, e todos los treinta reyes con los dos hermanos; y el conde Galalón con ellos todos en una compañía muy bien adereçados. Y como fueron junto con el abadía, descavalgaron todos, e sin engaño ninguno el emperador hizo a Amón y Juneto cavalleros. Después tomó a su fija por la mano e desposóla con don Juneto, e hízole duque de una gran señoría. El emperador estava muy contento e començóse la triunfante missa; después el emperador se bolvió a Amón, e díxole:

-Yo te hago rey de Pulla.

E de sus manos le coronó. En Calabria avía una duquesa del linage de Roger, y era señora de toda Calabria, que el emperador Carlos se la avía mandado dar para su dote. E traíale casamiento con el buen rey Ansuiso; el emperador Carlos la dio por muger al rey Amón. E dicha la missa, tornáronse a París.

Cosa demasiada sería contar aquel rico combite ni las grandes dançcas e bailes que se hizieron en aquellas singulares bodas, que jamás tan rica fiesta en el mundo fue vista. Venida la noche, el emperador los hizo dormir en su rica cámara, e la fermosa dama Armelina se empreñó de un hijo que llamaron Verenguer. Venida la mañana, cristianos y moros se ataviaron muy ricamente, e todos empresentaron muy ricos presentes a la linda dama de infinitíssimas joyas, perlas, çafires, balaxes, rubíes, diamantes, esmeraldas que fueron apreciados en más de un millón de ducados. Hecha la gran fiesta de Juneto, entendieron en rehazer a Montalván. Todos los grandes señores se dividieron en dos partes: la una quedó con el rey Ballano; la otra fue en Pulla con el rey Amón; e después lo acompañaron en Calabria, donde tomó posessión del ducado; e todos los grandes señores del reino le hizieron pleito omenaje, y él les confirmó todas las tierras que tenían. Ovo de esta duquesa cuatro hijos, los cuales fueron valientes cavalleros, e hizieron grandes hechos después de la muerte del conde don Roldán e de los doze pares de Francia, que murieron por los moros de España en la batalla de Roncesvalles por la traición del conde Galalón. (f. 114v).

67. **BALDO**

(libro IV de *Renaldos de Montalbán*)
(1545)

por
Folke Gernert

TESTIMONIO

[1] Sevilla, Dominico de Robertis, 1542 (18 de noviembre) [→]

EDICIÓN: Folke Gernert (ed.), Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, en prensa. **ESTUDIOS**: Blecua (1971/72) y König (1980, 2000). **GUÍA DE LECTURA**: Gernert (2000).

TEXTOS

1. Juan Acuario, en el prohemio, cuenta cómo se encontró la obra en una cueva

Como los ociosos, noble lector, quieran buscar cosas que mandadas no las harían, cinco maestros y tres grandes rabíes, conoscedores de yervas, determinamos de entrar en una nao y buscar yervas de Alexandría para hazer perfecta atriaca; lo cual pensando, embarcámonos y en fin después de muchos peligros, allegamos a Alexandría. Con tempestuoso viento fuemos detenidos allí, donde un día vimos en la mar parecer una isla a la cual en un batel luego fuemos, pero no le supimos el nombre; la cual bien parescía estar más hecha por artificio que no por naturaleza. Adonde aviendo hallado materia nuestra curiosidad, fuemos hazia unos grandes edificios que allí parescían llenos de matas silvestres. No faltavan verdes lagartos ni flexibles culebras que nuestra vista huían. Pues, haziendo nosotros con las espadas por estas matas una senda, entramos con gran trabajo por ella. Donde al uno se le rasgavan con las puntas de las espinas las ropas y a otros las carnes. De lado íbamos por ella y temiendo no saltasse de entre aquellas yervas alguna desmesurada culebra o bestia fiera que nos tomasse en el lazo o nos mordiesse. ¿Qué cosas son los hombres que de voluntad travajan cosas impossibles, por fuerça las possibles no las hazen? En fin, que allegamos a una cueva do no alumbrava el sol escalentador de las tierras. Todo lo ocupavan las tinieblas; allí reinava la humidad. No poco adelante, las manos puestas por las paredes, fuemos a una gran sala con unas grandes puertas que en el tocar parescían de alambre, hermoseadas de gentil altura con ásperos bollones y grandes figuras esculpidas. Mucho desseábamos la lumbre para ver qué era aquello. Entonces teníamos en nada lo que avíamos buscado, pues no lo podíamos ver. Allí poco a poco guiados unos tras de otros ívamos, donde ninguna cosa víamos sino por una poca de luz dubdosa que por las cavernas de las peñas entrava, no siempre sino cuando el movible viento meneava las menudas fojas. Allí parescían muchos sepulcros de mármol, en medio de los cuales estava un muy alto encima de bulto fabricado un anciano varón con un rétulo en la mano que dezía: *Aquí jaze Merlino Cocayo, poeta mantuano.* Este rétulo tenía en la mano siniestra, pero con la derecha señalava a una ventana, que en la pared estava, y en ella una arca de hierro bien cerrada y dezía un título que estava a la redonda: *Aquí están los libros del poeta Merlino.* Nosotros fuimos allá y estavan antes muchos sepulcros de diversas colores adornados y con grandes epitafios declarados, el más insigne en él del medio, adonde dezía estar enterrado el magnánimo Baldo, descendiente del emperador Reinaldos. A la redonda estavan otros cavalleros. Algunos d'ellos pudimos leer cómo eran de Cíngar, Filoteo, Marcelino. Do estávamos esperando a la lumbre que, destapándose las hojas, entrase por las aberturas de la cueva, allegados, quesímosla abrir, pero no podimos porque más se nos obscureció la cueva y tanto sentimos abrir el arca y salir d'ella un gran resplandor. El cual procedía de un rubí carbúncul que en la cubierta de la arca estava. Allí vimos muchos libros assí de mágica, de astrología, de medicina, de arte de alquimistas. Yo metí la mano entr'ellos y saqué uno d'ellos muy pequeño. Echémelo en el seno. Cerrándose la arca, quesímosla traer al batel con las espadas, pero tal es-

truendo se començó que nosotros, más que atemorizados, començamos a correr por salir de la cueva que pensamos que se cayera sobre nosotros. Tan ligeramente huíamos como en toda nuestra vida podimos porque -como dize Vergilio- el temor da alas a los pies. Assí salimos no esperándose el uno al otro. Entrámonos en el batel y saltamos luego en la nao bolviendo la cara hazia la isla, pero no la vimos más. La causa d'esto se verá en la quinta parte del sabio Palagrio. Assí que, aviendo buscado las yervas que queríamos, allegamos a nuestra patria jurando de no emplear en más nuestro ocio en tal cosa. Donde yo luego, viendo mi libro que tratava de tan memorables hechos, lo di a los impresores para que se manifestassen por el mundo. Es todo dicho del maestro Juan Acuario, de adonde yo, aviendo aquel libro a las manos, con más reposo que no él, lo alcanço. No pensé hallar otra mejor manera de atriaca que no él. De adonde este libro se compara a la atriaca, la cual, como se á compuesto de las entrañas de la bívora y de yerbas medicinales, puesta sobre la mordedura ponçoñosa, va derecha al coraçon por parte de la bívora, donde allegando tras ellas las yervas saludables vencen la ponçoña. De adonde tuve por bien hazer al fin de los capítulos que fuessen menester sus adiciones sacadas de filósofos morales para que tome algún provecho el lector a lo que va mi intención encaminada, no como aquellos libros que solamente alegran y aún esso con gracias deshonestas no siguiendo más de aquella historia prolixa. De adonde, viendo la buena voluntad del maestro Juan Acuario, quise manifestar el tal libro a los de mi lengua: lo uno porque acompañasse a ess´otros que andan del mismo don Reinaldos; lo otro por cumplir y enriquescer, aunque no sea sino con mi buena voluntad, la lengua española. En esta transladación no van muchas cosas que, fablando con vergüença, no son dignas de ser declaradas en nuestro común hablar. Ay otras cosas más estendidamente contadas: lo uno por dar sabor al lector que no quede con la desgracia de no declarar el negocio; lo otro que como la poesía atada a tantas cadenas de sonoridad, cuantidad y otras cosas va muy breve en las cosas que se avían de estender y porque lo que se cumplió no daña a la historia. Porque el principio d'esta obra se entienda, se pone antes un preámbulo sacado de las obras del arzobispo don Turpino. En lo demás ruego al lector que supla su saber nuestras faltas, pues no es cosa nueva errar; lo cual desde que ha el mundo principio se usa y es tan celebrada por antigüedad de tiempos. No es mucho que en mí más se demuestre y más se declare. *Vale.* (ff. iv^{v}-v^{r}).

2. Falqueto cuenta en qué manera fue transformado en perro

Desde entonces me fue bien en casa del rey dos años, donde era del rey muy querido y de todos muy amado; donde tuve un muy grandíssimo amigo llamado Archedón. Éste tenía por amiga una muy gran maga de aquella tierra, adonde fuemos un día por folgarnos. Y estando todos tres a la mesa, començó la maga a contar las cosas que le avían acontescido a cavalleros con ella y de cómo los avía tornado muchas vezes en diversos animales y otras cosas. Assí lo contó. Yo, que de aquello no podía creer que aquello fuesse verdad, comiencéle a dezir que no podía ser aquello ni que lo creería hasta que lo viesse. Y entonces, pensando una maldad, dixo la maga:

-Bien es que el hombre no lo crea hasta que lo aya muy bien experimentado.

Y assí se calló. Donde haziéndose algo tarde, fuémonos yo y mi compañero a palacio, donde después de aver cumplido nuestro oficio, venida la escura noche, fuémonos a dormir en una gran sala par de la casa real, que tenía unas finiestras que salían hazia el campo. Entonces era el invierno. Aviendo ya passado la mitad de la noche, estando yo despierto y mi compañero durmiendo, oigo gran estruendo, y en aquel instante, abriéronse las puertas de las finiestras y entran por ellas tres viejas altas de cuerpo, muy flacas, con dos vasos en las manos. Yo entonces ni podía hablar ni llamar a mi compañero, sino medio velando aviéndome tapado la luz el gran miedo, estava assí quedo. Todas tres se allegaron a mí, y puesta la una a los pies y la otra a la cabeça y la más alta en medio, comiença a dezir:

-¡O, Falqueto, mancebo sin saber, que a los dichos de la maga amiga de tu compañero no quisiste dar crédito, agora lo pagarás con liviana pena!

Y diziendo esto, me toman todas de braço assí desnudo y sácanme por las finiestras sin que yo pudiesse dezir cosa, sino con una grande pena y dando gemidos me llevan por aquellos aires fríos; y aviéndome traído bien por encima la casa del rey, dándome grandes golpes, rociándome con aquel licor de aquellos vasos que traían, que era más frío que yelo, ya bien contentas, pónenme en un cementerio de muertos que allí enterravan los que algún delito avían cometido y métenme en una sepultura; donde no sentía más de el mal hedor y la escuridad, donde me dexaron bien por dos horas; y después tornáronme a sacar y, cargando sobre mí unas sogas que avían quitado a dos rezién ahorcados y gran multitud de dientes de muertos, se van a otro cementerio, de tal manera, que hezimos más de diez paradas. Y creo que porque yo no me fuesse mientras ellas andavan buscando lo que avían menester para sus encantamentos, me metieron en la primera sepultura que abrían. Donde no tenía yo ningún acuerdo de mí, sino lo que aquellas magas hazían. Donde ellas, aviendo cumplido y hallado todo lo que buscavan, toman todo lo que yo llevava a cuestas, y a mí tórnanme a llevar con la misma solennidad por el aire a las finiestras de mi cámara y ellas fuéronse. Donde ya que avían passado las tres partes de la noche, quedé tan molido y tan temeroso que no podía hablar y todo oliendo sepulturas, de tal manera, que por dissimularme fue a echar a mi cama. Tanto era el hedor que yo traía, que ni yo podía descansar ni mi compañero reposar, el cual aviendo despertado, contéle todo lo que avía passado, de lo cual se quedó él riendo y diziéndome:

-Digos de verdad que las tres magas hermanas de mi amiga, que porque menospreciastes sus palabras os ha acontescido esso.

-Pero, ¿cómo podría, -dixe yo-, quitarse este mal olor de muerto que me sale de todo este mi cuerpo?

-Para esso muy bien remedio ay, -dixo mi compañero-. Yo, secretamente, miraré el libro de la maga mi amiga en que se declaran muy bien todos los ungüentos que tiene en su cámara, y yo os prometo que os trairé uno d'ellos.

Y diziéndo aquesto, se vistió de presto, y dexándome allí, se fue a casa de su amiga; pero en el camino topó con un hijo de una de aquellas magas, el cual tenía muy grandíssimo odio comigo porque no privava tanto con el rey por mi causa (como en semejantes cortes se suelen hazer los cavalleros mancebos viendo que alguno priva más con el rey). Y entonces preguntó a mi compañero dónde iva. Él, que ningún secreto sabía guardar, cuéntaselo todo assí como a mí me avía acontescido (según después

bien supe y aún él me lo dixo). Allí le díxo el hijo de la maga, que Aungacio se llamava:

-Pues, señor Archedón, dexáme esse cargo, que yo os lo trairé en la tarde a vuestra sala.

Entonces Archedón, agradeciéndoselo, buélvese a mí y cuenta todo cómo passó, de lo cual me alegré, no catando en el odio o desamor que el otro me podía tener. Venida ya la tarde, heos aquí donde viene Nugacio con un vaso lleno de un olio bueno y muy claro; el cual me dio, diziendo:

-Señor, esto os lo avéis de untar a medianoche por los mismos lugares que vós cogistes esse mal olor.

Yo lo tomé de muy buena voluntad, y venida la hora, no diziendo cosa a mi compañero, me salgo por una puerta falsa de la casa real y comiençó a andar por los lugares que más me acordava, y assímismo, quitadas todas las ropas, me unté todo el cuerpo. Donde viérades allí una cosa maravillosa: perder el cuerpo su tez y pararse áspero, todo peludo; encorbávaseme el cuerpo; mudárseme los braços en forma de animal. Lo último que me unté fue la cara, y éssa, más presto dexando su forma, se tornó en cabeça de grande perro y assímismo todo el cuerpo, no para que yo pudiesse verme, sino que sentía yo estar assí, no dándome mucho por ello, pensando que todo sería como lo de la noche passada. Pero no fue assí, que, acabado el ungüento, yo quedé en forma de grande perro. Donde viéndome assí la cabeça hazia el suelo, ya bien noche que declinava hazia el día, determiné de irme hazia la casa real, donde a la mañana hallaría remedio. Pues començando camino nuevo, no uve andado mucho, cuando topé con la ronda que solía andar allí siempre. La cual, como yo conocía muy bien, creyendo que no avría perdido la boz, alleguéme a él par[a] hablalle algo y contarle alguna cosa de lo que me avía acaescido. Pero en lugar de hablar, començé a ladrar. Entonces bolvieron hazia mí los de la ronda, y como vieron un perro tan grande, con gran plazer van a mí para tomarme y llevarme atado que les ayudasse a rondar, pero yo me pusse en defensa assí con los dientes como con los encuentros que les dava. Allí el alcalde dava bozes, diziéndo:

-¡Matadlo! ¡No nos estorve nuestro camino!

Pero nadie se osava llegar a mí. Pero con piedras me adobavan el nuevo cuero, donde sin más parar, me di a huir por toda la ciudad. Y sin aver remedio, venida la mañana, conosciéndome los que la noche avían andado en la ronda, comiençan a tirarme diversidad de piedras. Donde, aviendo yo caído en poder del pueblo, comiençan a ir tras mí, no dexándome parar. De tal manera salí molido de las piedras como de los mordeduras de los otros perros de la ciudad, y caminando por el campo, muerto de hambre y del cansancio, mal parado me eché en una senda real donde quiçá hallasse quien me llevasse a su casa. Donde estuve un día, y passando dos hombres por allí, como me vieron tan grande, acodiciáronse a llevarme consigo, y halagándome con pan y otras cosas, me llevaron y llamáronme Vestigato. Donde allegados a una gran cibdad llamada Aliaga, y fuéronse al me[rc]ado y mercáronme un lindo collar de cuero de tigre, y pusiéro[n]melo con su cadena, y diéronme a un moço que traían. [...] (ff. 7v-8v).

3. Cíngar cuenta cómo, junto a un magistrado de justicia, comienza en Milán su carrera de ladrón de altos vuelos

Después que la noche tenebrosa avía acavado su curso, venido el sol, bueltos todos los humanos a sus primeros cuidados que con el reposo noturno avía sossegado; levantados ya los marineros, mercaderes y compañeros de Baldo, buelve Cíngar a su començado propósito. Metido entre aquella gente, dize assí:

-Andando yo por mis jornadas, nobles señores, camino de Milán, con voluntad de ver cosas nuevas, y más ver las cosas d'esta ciudad que son maravillosas, assí en hazer arneses y armas como en otras insignes cosas que allí ay, no muy lexos d'ella, entré en una venta, donde fue alvergado bien. Ya en la noche, diéronme una buena cama en una cámara junto a otra donde se entraron a dormir dos mancebos, los vestidos rotos y malparados. Ya que era la media noche, oí hablar en su cámara. Levantéme y púseme lo más cerca que pude para oír algo. Y por las hendeduras de la pared estávalos mirando, donde estavan sentados en las camas contando sus trabajos. Adonde el más moço preguntó al otro cómo le avía ido en la cárcel en Milán.

-Mal, -dixo el otro-, pero después me sucedió bien. Porque sabréis que yo, menospreciando cualquier oficio, dime a hurtar y esto muy poco, y fue que un día, por una bolsa que furté a otro con casi no nada, fue tomado en el hurto y preso, y por otros hurtos muy pequeños sentenciado a açotar. Donde venido el día y llevándome açotando por las calles públicas de Milán, ya que estávamos en medio de la carrera, allegó uno al verdugo, que llaman boia, y diole un julio, diziéndole que me diesse dos tanto más rezio. Yo, algo turbado con lo que a mis oídos oía dezir, bolví los ojos y miré al que tal avía mandado; y conoscílo que era un hombre de bien a cavallo, continuo del magistrado de Milán. Y passélo en paciencia, y acabado el auto, soltado a la puerta del campo, aviéndome dado término de cuatro días para que negociasse mi partido del destierro, lo que primero quise hazer fue ir a casa de aquel gentilhombre, a preguntarle la causa por qué tal avía mandado al verdugo. Y a la noche, encubiertamente, me voy a su casa, y preguntando por él, entro dentro, y hállolo, y sin más dezirle, digo:

»-Señor, ¿qu'es la causa porque vós, por ningún provecho mío, viéndome en tan gran afrenta y trabajo, sacastes dineros de vuestra bolsa queriendo aumentar mi dolor, y los distes a mi cruel atormentador? ¿Qué os hize? <Dadme> [Dezidme] por qué lo hezistes.

»A estas palabras dixo él:

»-Por cierto, vós merecéis más que os dieran, que es la causa porque vós, poniéndoos a hurtar, hurtáis cosas tan pocas que si luego te assen, presto serás ahorcado por poco. Tomá vós y hurtá en cantidad y seráos tenido en mucho. Andaos tras de mí, que vós ganaréis más de lo que pensáis. Por esso íos de aquí y esperáme par de las casas de los banqueros, que yo iré tras de vós.

»Diziendo esto, como ya era noche, vístesse una cota de malla y ármasse muy bien y vase a acompañar al magistrado de Milán en la ronda. Yo fueme adonde me dixo y sentéme en unos poyos que están a la redonda de aquellas casas, donde los cambiadores tienen su tesoro. Ya que era la mitad de la noche, heos aquí do viene Guarnidor, que assí se llamava aquel cavallero, ya desarmado de aquellas armas. Llámame y vase a una de aquellas casas, y con sus aparejos abre la una y entramos dentro. Cerrándola, comiença a encender candela, y con la lumbre que yo se la tenía abre el cofre adonde estava el dinero y sácalo todo encima de la mesa, y cuenta mil reales y échalos en un talegón que traía blanco, y átalo, sellándolo con su anillo. Assí mesmo cuenta mil florines y mil car-

los de oro de los de Francia, y echa los florines en un talegón amarillo y los otros en un azul. Los cuales talegones, sellados de su anillo con todo esso otro dinero, los mete en el cofre y tórnalo a cerrar. Y toma el cartapacio de las cuentas y escrive en ella, como conocía el cambiador que avía recebido aquel dinero, metido en aquellos talegones de aquella manera, y porque estava mal dispuesto avía hecho qu´él propio firmasse. Yo, sin más dilación, quisiera con aquello fuir; él, como sagaz, denostándome, díxome que estuviese quedo, y salimos todo puesto como estava, tornando a cerrar la puerta, díxome que me quedasse echado en aquellos poyos y que en la mañana vería lo que sabría fazer. Él fuesse; yo quedéme allí, y en la mañana, vienen los cambiadores y cada uno abría su casa. Estando en esto, viene Guarico Guarnidor en su cavallo con su toca de camino, que se quería partir. Y allegósse al cambiador, que estava abriendo la puerta, y saludóle diziéndole:

»-Señor, ¿conocéisme?

»-No, -dixo el cambiador.

»-¿No?, -respondió Guar<n>ico. ¡O, desventurado de mí! Bueno es esso que no me conocéis. ¿Assí lo soléis hazer con los que se encomiendan en vuestro crédito?

»-¿Qué dezís, -dixo el cambiador-, que no os he visto ni sé quién sois? Mirá, señor, si es alguno de essotros.

»-¡O, mal hombre!, -dixo Guar<n>ico-. ¿Y agora me dizes esso?

»Diziendo esto, saca un puñal que tenía, y arremetiendo el cavallo a él, ásselle de los cabellos, maltratando al cambiador. A lo cual acorrió mucha gente, y uno de los magistrados y preguntó a Guarico qué quería.

»-Señor, -dixo él-, ayer a este hombre en tres talegones le di ciertos dineros que me guardasse.

»Y comiença a contar todo cómo estava y cuántos eran y adónde estavan puestos por manos del cambiador. El cual dixo delante de toda la gente que allí estava:

»-Señores, si tal tuviere en mi tienda, que me corten la cabeça, que viene esse hombre errado.

»-Veámoslo, -dixo el magistrado.

»-Sea en ora buena, -respondió el cambiador, estando ignorante de avello; y muy salvo abre su casa y entra dentro con la más de la gente, estándolo esperando Guarico dando bozes a la puerta desde su cavallo. Adonde abriendo el cambiador su cofre y hallando los tres talegones, hallósse confuso, y mudo con gran turbación. El magistrado, que vido ser verdad lo que Guarico dezía, dale sus tres talegones y despídelo en buen hora. Entonces toda la gente toma al cambiador como si fuera un engañador y pervertidor de el crédito con gran ignominia, y assí se lo llevan a la cárcel, diziéndole muchas cosas, no sabiendo él qué responder, porque iva como loco. Entonces salíme tras del ladrón famoso, espantado de su arte y cómo allí, donde tanta diligencia se pone, pudo robar tanta cosa; porque los cambiadores, con las graves penas guardados, dexavan allí su dinero. Assí que nosotros, salidos a un cabo desierto, dixo Guarico:

»-Mirá, aprendé cómo yo hize. Tomá este talegón y sabé bivir con él, que yo me vo a Roma en ábito de cavallero, no abatiéndome a cosas viles; porque el águila, aunque bive de rapiña, es loada porque toma cosas nobles. Por esso, íos de aquí, donde otra vez no os conozcan.

»Diziendo esto, diome el talegón de los reales y partióse a gran priessa de mí, quedando yo alegre con la tal satisfación.

Y cataldo aquí, diziendo esto aquel mancebo, sacó su talegón y contó cien reales y dióselos a su compañero, que-

dando yo con gran imbidia de aquello y con voluntad de imitar a tales hombres. Ellos se fueron a dormir y yo también, hasta que vino la mañana e nos fuemos cada uno por su parte. (cap. XX, ff. 30v-31v).

5. Explicación moralizadora al final de un capítulo

En el infierno fingen los poetas aver tres furias hermanas, hijas de la noche, como dize <Ovidio> [Vergilio] en la duodécima *Eneida,* llamadas Tisífone, Megera, Alecto. Pero significan tres cosas que ay principales en el infierno: Alecto, cosa que no dexa de atormentar, Megera, aborrescimiento porque los que allí entren no dexan de ser atormentados y de aborrescer todas las cosas criadas pues que no se supieron aprovechar d'ellas; Tisífone significa vengança hecha por muerte. La discordia que aquí fue sembrada entre los compañeros de Baldo sinifica cuando pelearon las cosas que están dentro de nós mesmos, las unas por seguir lo malo, las otras por seguir lo bueno. De la cual pelea escapando el ánima con la razón libre y desembaraçadas, veen todas estas penas. Por el gigante Ticio entenderemos los luxuriosos o los locos, porque, como dize Séneca, infinita es la generación de los locos, a quien, si porfíes de reprehender, cansaráste. Por los que están debaxo la montaña se figuran los adúlteros. Por Exión se entiende cualquier sobervio que todas sus cosas encomienda a la variable rueda de la fortuna. Por Sí[si]fo se significa el ambicioso. Como ya avemos dicho por es'otras penas y pecados porque allí penavan puede discurrir el lector absteniéndose de aquellos pecados que los gentiles también aborrescían. (cap. XXXV, f. 59r).

68. **SELVA DE CAVALARÍAS** (segunda parte)

Antonio de Brito da Fonseca Lusitano
(principios del siglo XVII)

por
José Manuel Lucía Megías

TESTIMONIOS

[1] *Libros I-II:* Lisboa: Biblioteca Nacional: COD/11255, nº de registro 230687 [→]
[2] *Libro III:* Lisboa: Biblioteca Nacional: COD/615 [→]

TEXTOS

1. Libro escrito para dar gusto a un amigo, que así se lo pidió

Porque ansí como en toda la multitud de los ombres que Dios tiene criados no ay uno que enteramente se

Estudio: Lucía Megías (2001).